

La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional

Jaime PRECIADO CORONADO
Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos
Universidad de Guadalajara (México)
japreco@hotmail.com

Pablo UC
Becario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
pablo.uc@gmail.com

Recibido: 12-02-10
Aceptado: 15-08-10

RESUMEN

Productora y resultante de un dinámico imaginario espacio-temporal, la región de América Latina y el Caribe atraviesa simultáneas demandas de espacialización a escalas múltiples, así como diversas experiencias de territorialización internas, externas y transversales a la estructura de los Estados nacionales y el sistema-mundo. Así, se hace necesaria una nueva identificación y análisis sobre las principales características de las prácticas espaciales que (re)producen las *representaciones dominantes* o proyectan nuevos *espacios de representación*. De tal forma, este trabajo desarrolla una aproximación teórico-metodológica en torno a la dinámica constitutiva de los diversos y conflictivos discursos geopolíticos que se producen en la región, que a su vez se traslapan en un espacio físico común. Situación que permite vislumbrar la definición paulatina de una agenda de investigación de geopolítica(s) crítica(s) en ALYC, desde una perspectiva interdisciplinaria.

Palabras clave: Imaginario geopolítico; América Latina y el Caribe; geopolítica crítica y deconstrucción espacial; discurso geopolítico; prácticas y representaciones espaciales.

The construction of a critical geopolitics from Latin America and the Caribbean. Towards a regional research agenda

ABSTRACT

As a creator and as a result of a socio-spatial dynamic imagination, Latin America and the Caribbean is a region that goes through a series of simultaneous demands to create spaces in multiple scales, and different experiences of *territorialization* inside, outside and beyond the Nation-state structure. In this sense, it is demanded a new identification and analysis about main characteristics of spatial practices that (re)produce *dominant representations* or design new *spaces of representation*. Indeed, this paper develops a theoretical approach around constitutive dynamic of different and conflictive regional geopolitical discourses, even though they converge to the same physical space. This situation could allow the definition of a research agenda about critical geopolitics in LAC region, from an interdisciplinary point of view.

Key words: Geopolitical imaginary; Latin America and the Caribbean; critical geopolitics and spatial deconstruction; geopolitical discourse; spatial practices and representations.

A construção de uma geopolítica crítica a partir da América Latina e o Caribe. Para uma agenda de pesquisa regional

RESUMO

Produtora e fruto de um dinâmico imaginário espaço-temporal, a região da América Latina e o Caribe está atravessada por demandas simultâneas de espacialização a múltiplas escalas, assim como por diversas experiências de territorialização internas, externas e transversais à estrutura dos Estados nacionais e o sistema-mundo. Deste modo, torna-se necessário uma nova identificação e análise das principais características das práticas espaciais que (re) produzem as *representações dominantes* ou projetam novos *espaços de representação*. Este trabalho desenvolve uma aproximação teórico-metodológica sobre a dinâmica constitutiva dos diversos e conflituosos discursos geopolíticos produzidos na região que, por sua vez, se sobrepõem em um espaço físico comum. Esta situação permite entrever a definição paulatina de uma agenda de pesquisa de geopolítica(s) crítica(s) na ALC, a partir de uma perspectiva interdisciplinar.

Palavras chave: Imaginário geopolítico; América Latina e o Caribe; geopolítica crítica e desconstrução espacial; discurso geopolítico; práticas e representações espaciais.

REFERENCIA NORMALIZADA

Preciado Coronado, J., y Uc, P. (2010) “La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional”. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 1, núm. 1, 65-94.

SUMARIO: Introducción. 1. Deconstrucción y redefinición de América Latina: consideraciones teóricas. 1.1. La geopolítica crítica y la deconstrucción de especialidades. 1.2. Producción de espacios y lugares: la(s) región(es) y la(s) localidad(es) en América Latina y el Caribe. 1.3. Discursos geopolíticos: prácticas y representaciones. 2. Pensar la geopolítica crítica en América Latina: nuevas espacialidades y la(s) otra(s) representación(es). 3. Una nueva agenda de investigación: las prácticas geopolíticas de la región. 3.1. Práctica(s) espacial(es) del poder. 3.2. Práctica espacial del conocimiento. 3.3. Práctica espacial anti-geopolítica y contra-representaciones de resistencia. 3.4. Práctica espacial de la integración. 3.5. Práctica espacial de los derechos humanos y la migración. Para terminar. Bibliografía.

Introducción

En la primera década del siglo XXI, la región de América Latina y el Caribe (ALyC) ha experimentado importantes transformaciones en los esquemas y orientaciones de sus campos políticos¹. Caracterizados tanto por la instalación de gobiernos con “relativa” y diferenciada tendencia a la izquierda en el mapa electoral, y una paralela re-emergencia todavía minoritaria, pero persistente, de gobiernos de derecha, así como

¹ No así de sus sistemas políticos, al considerar que un campo político (que contiene a los primeros) conjuga un entramado más amplio de fuerzas en disputa, y actores en torno a una variada cantidad de recursos de poder y de expresiones de capital (económico, social, cultural y simbólico), que trascienden los tradicionales escenarios institucionales (Bourdieu, 2001).

tradicionales prácticas autoritarias al interior de los Estados. Con mayor fuerza, aunque en un marco muy heterogéneo, aumentan las posiciones de izquierda tanto en los parlamentos nacionales como en los gobiernos locales y regionales.

Por su parte, se ha hecho manifiesta la emergencia de bloques supranacionales con una nueva proyección geopolítica que rebasa la dimensión económica y comercial, y abarca una negociación creciente de ámbitos de poder político entre el centro y la periferia del sistema-mundo, frente a las todavía persistentes expresiones de fragmentación geoeconómica y social. De tal forma, mientras las alianzas relativamente incondicionales entre el norte y el sur reajustan su relación, se hace evidente el fortalecimiento de las alianzas sur-sur, así como la consolidación de los actores de la sociedad civil a escala nacional, *mezzoregional* y supranacional.

Además, la construcción de imaginarios socio-espaciales y de específicas prácticas territoriales desde diversas experiencias locales, han hecho que el debate autonómico, la construcción de redes sociales transnacionales y de alianzas trans-locales de elites y oligarquías regionales, fortalezcan la capacidad de regulación socio-territorial por parte del *lugar* y de *la localidad*, lo que altera el rol del Estado en la definición estratégica de fronteras, territorios e identidades.

Por otro lado, el retorno de los enfoques estadocéntricos se ha acompañado de una reorganización en la geografía del poder, a través de la instalación de nuevas bases militares estadounidenses en la región, nuevas estrategias de desestabilización a regímenes democráticos, y el impulso a una nueva carrera armamentista entre los propios países latinoamericanos en la última década. No obstante, esta reemergencia del Estado como unidad geopolítica fundamental, se ve acotada por los esfuerzos de diversos actores políticos e intelectuales orientados a refundar conceptual y empíricamente al Estado para comprenderlo como una instancia de transformación social elemental, aunque no exclusiva, para la comprensión de la nueva geografía política latinoamericana.

En este trabajo partimos de considerar que las evidencias empíricas que describen las tensiones por la definición del entramado geopolítico contemporáneo de ALyC, evidencian una pugna entre los actores (y las prácticas de las que se valen) que producen las espacialidades generadoras del imaginario sobre la región. De tal manera, que existe una diversificación de prácticas geopolíticas que se orientan ya sea hacia la (re)producción de representaciones dominantes, o hacia nuevos espacios de representación (en ocasiones alternativa). Esta pugna político-espacial generada por diversos discursos geopolíticos que, sin embargo, son parte de una gran imaginación regional, ya que aun frente a los diversos intereses que politizan dicha imaginación (dentro y fuera de la región), las más variadas escalas y referentes geográficos se traslapan en un espacio físico común.

De esta forma, los discursos geopolíticos en pugna afectan en primera instancia a la unidad geopolítica por excelencia en el sistema mundo: el Estado-nación. Este cuestionamiento a la “naturaleza moderna” del Estado como única identidad de esta estructura de organización política, económica, social y territorial, y de sus mecanismos institucionales basados fundamentalmente en los principios liberales de Occidente (democracia representativa, liberalismo económico, etc.), implica también deliberar

en torno a los mecanismos tradicionales de producción espacial de los que se vale la “imaginación geopolítica moderna”. Ésta es entendida como un sistema de visualización totalizadora y de estratificación global con profundas raíces en referencias e intereses euro-estadounidenses, que diseñan la política mundial basada en los siguientes mecanismos (Agnew, 2002; 2005):

- la construcción de “fronteras estratégicas” e “identidades homogéneas y monoculturales”;
- “dicotomías” basadas en criterios etnocéntricos de reconocimiento-anulación, inclusión-exclusión, y en expresiones reduccionistas sobre la otredad: civilización-barbarie, modernos-primitivos, etc.;
- “jerarquías” que definen el rol de los actores en el sistema internacional de acuerdo a su posición estructural en la economía mundo capitalista, y
- un “modelo de desarrollo”, una “gramática democrática” y un “sistema de gobernabilidad” específicos, que responden a intereses geo-históricos determinados por criterios estadounidense- eurocéntricos.

Se da una prioridad fundamental a la escala global y nacional (de los Estados), pero tácitamente somete y define una estratificación del espacio en escalas menores (regionales, *mezzoregionales* y locales) que le sirven como mecanismos de control ante posibles contra-representaciones y alternativas al discurso geopolítico dominante. Se trata, por tanto, de dispositivos simbólicos y materiales que conjugan una trama de espacializaciones específicas orientadas a consolidar o institucionalizar su espacio-territorial con base en *historias locales* impuestas como *diseños globales* (Mignolo, 2000), por parte de los actores centrales: Estados nacionales desarrollados, empresas transnacionales, medios de comunicación, etc.). Lo que ha reforzado el persistente *colonialismo interno* (González Casanova, 2006) y la *matriz colonial/moderna* (Mignolo, 2007). Ésta se basa en un violento patrón de acumulación de capital político y económico (colonialidad del poder); formas de conocer, percibir y reflexionar desde un patrón epistémico de dominación: un saber científico-occidental sobre los saberes populares no occidentales (colonialidad del saber); así como formas de relacionarse y sentir, de establecer roles y desenvolvimientos sexuales y de género (colonialidad del ser) (Walsh, 2009). Todos estos, son elementos que inciden en el reforzamiento de dicha imaginación geopolítica dominante, pero a su vez, encuentran crecientes expresiones espaciales contestatarias.

Así, en este trabajo nos proponemos identificar, clasificar y analizar las principales características de las *prácticas espaciales* que (re)producen las representaciones dominantes o proyectan *nuevos espacios de representación*, en torno al gran imaginario de América Latina y el Caribe. Entendida como una región compleja, que atraviesa simultáneas demandas de espacialización a escalas múltiples, así como diversas experiencias de territorialización internas, externas y transversales a la estructura de los Estados nacionales.

Con este fin, se elabora una aproximación a las principales premisas de la geopolítica crítica, así como una serie de reflexiones teórico-metodológicas en torno a la

producción de espacialidades, la dinámica constitutiva de representaciones y prácticas que conducen a la creación de discursos geopolíticos. Además, se reflexiona sobre otras aproximaciones teóricas de las nuevas ciencias sociales, y las nuevas demandas de espacialidad que implica la experiencia latinoamericana, lo que permite vislumbrar la definición paulatina de una agenda de investigación de geopolítica(s) crítica(s) en ALyC desde una perspectiva interdisciplinaria.

Para ello, en el primer apartado se plantean los fundamentos teóricos de la geopolítica crítica, y sus consideraciones para la deconstrucción espacial. Además se revisan las propuestas teóricas orientadas a comprender cómo se producen conceptualmente los espacios y los lugares. Y finalmente se analizan los conceptos de discurso geopolítico, representaciones y prácticas espaciales. En el segundo apartado, se presentan las nuevas espacialidades y la(s) otra(s) representación(es) que enfrenta el escenario geopolítico latinoamericano. Finalmente, en el tercer apartado se abordan, justamente, las nuevas prácticas espaciales de la región, que apuntan a la necesidad de una agenda de investigación que puede valerse de los enfoques y razonamientos de la geopolítica crítica, como articulador teórico de otras corrientes y enfoques teórico-metodológicos.

1. Deconstrucción y redefinición de América Latina: consideraciones teóricas

1.1. La geopolítica crítica y la deconstrucción de espacialidades

La propuesta teórica de la geopolítica crítica, en *estricto sentido* (Ó Tuathail 1998, 2006; Dodds, 2001) partió de una perspectiva post-estructuralista inspirada en la metodología *deconstructivista* y *postmodernista* de Foucault y Derrida. Se ha convertido en una aproximación que cuestiona la “imaginación geopolítica moderna” y se concentra en descifrar la manera en que se ha llegado a construir el discurso espacial de las políticas exteriores de los Estados (productos y productoras de la Política Mundial), y por lo tanto, las prácticas en la Economía Política Internacional (Ó Tuathail y Agnew, 1992), “a fin de trascender los enfoques de la geopolítica clásica, vinculada a un saber instrumental y ‘enmascarador’ de los intereses del Estado y las prácticas hegemónicas” (Ó Tuathail, 1998: 2-3).

La geopolítica crítica confronta y analiza la imaginación del Estado, sus mitos fundacionales y la tradición nacional y popular. Por lo cual, analiza el conjunto de prácticas que crean y reproducen una homogeneización histórico-espacial: “un espacio-nación” y “un tiempo-nación”, esto es, la “Historia” y el “Espacio” nacional). Lo que lleva a la proyección de un ordenamiento tempo-espacial único, aparentemente incuestionable, toda vez que parte de ser un referente totalizador de la identidad y del sentimiento de pertenencia. De esta manera, las espacialidades e historias locales, (sub)regionales o de otras geografías extra-estatales, sufren no sólo de un extravío, sino de una incapacidad para ser reconocidas y practicadas.

Esta naturalización artificial de identidades homogéneas es precisamente objeto primordial del análisis de la geopolítica crítica. La identidad socio-espacial que de-

mandan, por ejemplo, los pueblos indígenas en América Latina, re-dibuja la presencia de geografías culturales en la región mesoamericana, o a lo largo de la región andino-amazónica, lo que supera las fronteras nacionales y las delimitaciones político-administrativas del Estado-nación. La posibilidad de *deconstruir* las narrativas histórico-espaciales dominantes, parte de identificar geo-históricamente su construcción social y su consecuente artificialidad.

Cabe señalar, sin embargo, que la geopolítica crítica no sólo representa una detracción de las teorías clásicas y de los supuestos que enarbolan los enfoques realistas, neorrealistas y neoliberales de la teoría de las Relaciones Internacionales, sugiere además, la reinterpretación de la geopolítica clásica, y un análisis crítico de los discursos que han protagonizado, y protagonizan, el debate de la relación espacio-poder². Presta atención, además, a las formas en que se diseña la geopolítica del poder, más allá de sus expresiones tradicionales y manifiestas. Ya que reconoce que sus sitios de producción son múltiples y dominantes: pueden ser altos (como el *memorándum* de seguridad nacional) o bajos (el encabezado de la portada de un diario); visuales (como las imágenes que representan y legitiman el actuar de los Estados en la televisión) y discursivos (como los discursos que justifican las acciones militares); tradicionales (como los motivos y señalamientos religiosos en el discurso de la Política Exterior) y contemporáneos (como el manejo de información y la guerra mediática) (Ó Tuathail, 1998).

Al tomar como punto de partida la idea de que “el ejercicio de poder perpetuamente crea conocimiento e, inversamente, el conocimiento induce efectos de poder” (Foucault, 1980: 52), la geopolítica crítica reconoce un binomio inextricable entre conocimiento y poder, que permite descifrar cómo un conjunto particular de prácticas que ha llegado a ser dominante, excluye paralelamente a otro conjunto de prácticas. Es por ello que “en donde el discurso convencional acepta las circunstancias actuales como dadas, que las lleva a ser ‘naturalizadas’³, una teoría crítica se plantea preguntas sobre cómo han llegado a ser tal cual son” (Dalby, 1990: 128).

De allí, su compromiso en pensar éticamente la relación entre política y espacialidad, toda vez que, como argumentan “geopolíticos críticos” y teóricos de la “geopolítica del conocimiento” (Walsh, Schwy, Castro-Gómez, 2002), es necesario problematizar la forma en que se delimita la relación entre geografía, política, economía, sociología y epistemología mediante un cuestionamiento de sus “identidades disciplinarias” y sus campos de acción en la producción de conocimiento. Además, se requiere documentar las estrategias por las cuales los mapas estratégicos globales y regiona-

² Un excelente ejemplo de esto lo representa el libro *Geopolitics Reader* (Ó Tuathail, Dalby y Routledge, 2006), que reúne los textos seminales o más representativos de los discursos geopolíticos del siglo XX y XXI, implementando un análisis desde la Geopolítica crítica.

³ La *naturalización* de un concepto o práctica política, económica o cultural, se refiere al proceso en el cual los criterios específicos con los que se explica la realidad, son presentados como la expresión de tendencias espontáneas y naturales del desarrollo histórico de una sociedad. Esta “ontologización” de un pensamiento específico, normaliza dicha realidad como expresión única e inevitable, y anula los saberes y prácticas alternativas (Cfr. Lander, 2003).

les, como el de América Latina y el Caribe, son producidos por instancias de gobierno, instituciones internacionales y poderes fácticos del sistema mundo (corporativos transnacionales, medios de comunicación, etc.).

Finalmente, se hace fundamental interrumpir la infraestructura epistemológica funcional a los mapas y representaciones dominantes en torno a los múltiples espacios que se estudian, al desplazar sus fronteras mediante un desvanecimiento o relativización de los “puntos de referencia cardinales” de la geografía política dominante. Lo que significa que, sin perder de vista la permanente (re)producción de una geopolítica del poder, es posible reconocer nuevas prácticas espaciales que también se encuentran produciendo o modificando imaginarios socio-espaciales en una región determinada, que en este caso es América Latina y el Caribe.

De allí, la importancia de reconocer que la geopolítica no es una singularidad sino una pluralidad, por lo que sin negar la noción convencional de la geopolítica como un conjunto de prácticas espaciales del *aparato de Estado*, es necesario complementar este enfoque estableciendo que se trata, también, de una serie de prácticas emitidas por formas de expresión tanto elitistas como populares. Para ello, Ó Tuathail (2006: 9) propone el uso de una tipología basada en tres perspectivas útiles para entender la producción del razonamiento geopolítico:

- La *geopolítica práctica*: se refiere a las narrativas, discursos políticos, y prácticas diplomáticas ejercidas por los líderes de Estado en el ejercicio y acción de la política exterior (seguridad y defensa, por ejemplo), determinando los distintos códigos geopolíticos que estructuran el sistema internacional.
- La *geopolítica formal*: se refiere a las teorías geopolíticas, enfoques, visiones y doctrinas de comportamiento geopolítico producidas por los “intelectuales de Estado”, organizados en comunidades estratégicas estatales o interestatales, *think tanks* [despachos estratégicos nacionales y transnacionales], cuerpos académicos universitarios, etc.
- La *geopolítica popular*: constituida por las expresiones de la cultura popular, tales como revistas, periódicos, novelas, producciones cinematográficas, caricaturas y otras aparecidas en medios de comunicación de masas en general, que actúan como fuentes de comunicación de los imaginarios geopolíticos, asegurando su circulación y consumo (Dodds, 2001: 471).

La redefinición/reforzamiento de representaciones dominantes sobre el imaginario latinoamericano y caribeño se vale de estas tres lógicas de razonamiento geopolítico, como se verá más adelante. Sin embargo, este razonamiento también se ve modificado por el reclamo de nuevas prácticas geopolíticas que se empeñan en construir contra-representaciones y, eventualmente, imaginarios socio-espaciales alternativos. De esta forma, la interrogante que surge es cómo analizar la producción y lectura de las espacialidades que genera este triple razonamiento, y qué ideas constituyen un discurso geopolítico. Elementos que son estudiados en los siguientes apartados.

1.2. *Producción de espacios y lugares: la(s) región(es) y la(s) localidad(es) en América Latina y el Caribe*

Al interrogar los fundamentos históricos que han definido el concepto de lugar y espacio, resalta la sentencia kantiana que establece que el conocimiento general precede siempre al conocimiento local. Situación frente a la cual, David Harvey, parafraseando a Casey, se pregunta: “¿qué tal si las cosas son al revés?, ¿qué tal si la idea de espacio es posterior a la idea de lugar, e incluso deriva de este último?” (Harvey, 2010: 166). Situación que, como se argumentará más adelante, permite considerar que “vivir, es vivir localmente y conocer es, antes que todo, conocer el/los lugar/es en el/los que uno se encuentra” (Casey, citado en Harvey, 2010: 167).

En este sentido, Taylor y Flint (2002), mediante su estructura geográfica vertical tripartita, reconocen la importancia del lugar en la identificación y uso de escalas espaciales, al revalorar la experiencia que se construye desde la localidad, junto a las escalas dominantes del Estado-nación y la economía-mundo. De tal forma que la producción de espacialidades remite a la identificación de representaciones generadoras de significados simbólicos, estratégicos, identitarios, etc. Pero también de prácticas específicas que a través de mecanismos de estructuración-estratificación del espacio (tales como las escalas espaciales) establecen valores y normas reguladoras del comportamiento social.

Por tanto, la producción espacial en torno a ALyC que nos interesa definir ahora, implica reconocer algunos de los mecanismos generadores de la nueva espacialidad que se demanda en la región. Para ello, es importante identificar dos “alternativas” de referenciación geográfica que han sido fundamentales para construir un “desprendimiento”, o al menos una contrapartida, al avasallante discurso de la globalización. Este “globali-centrismo”, no sólo ha constituido la base utilizada para corroborar la aparente crisis del Estado nacional como estructura político-territorial clave en la estratificación espacial de la economía política internacional. La compresión espacio-temporal que postuló este discurso ante las nuevas tecnologías y el flujo acelerado de información, radicalizó la idea que desfiguraba y desvanecía las fronteras, bordes y límites del sistema interestatal moderno, situación que llevó incluso a exponer un ficticio “fin de la geografía” (Laïdi, 2001). No obstante, el “retorno del Estado” se convirtió en la paradójica metáfora del papel protagónico que en todo momento jugaron los Estados centrales durante la implementación del modelo político-económico neoliberal, basado en la apertura de las fronteras de los Estados periféricos, la liberación de los mercados de capitales, mercancías, fuerza de trabajo e inversiones, la privatización de las industrias estratégicas nacionales, la precarización de la protección social y la ciudadanía, y la consecuente intensificación de los flujos migratorios.

La corroboración del “Estado en el centro de la mundialización” (Osorio, 2004) confirmó el uso ideológico de este referente geográfico, pero a la vez hizo incontenible la emergencia de otras formas de producción de espacialidad y el reconocimiento de *otros* actores socio-espaciales. Fundamentalmente en las regiones periféricas en que los Estados implementaron ortodoxamente el modelo neoliberal de forma catastrófica, como en ALyC. Incluso, los movimientos sociales aprovecharon este discurso

para contra-representarlo, a partir de la construcción de redes de resistencia *glocal*, basadas en la nueva definición un imaginario “altermundista”.

No obstante, aquí nos interesa señalar dos referentes de producción espacial en específico que reaccionan y derivan de este “globali-centrismo” epistémico y geopolítico. El primero, nos remite a la producción de espacios regionales. Los procesos de integración regional han llegado a ser considerados no sólo una contrapartida a la globalización, sino un importante referente de producción de espacialidades que demandan mayor autonomía de las regiones frente a los procesos de centro de la economía mundo. La “integración post-neoliberal”, se ha convertido en una alternativa específica que combina producción espacial y reivindicaciones de autonomía geopolítica, ideológica y económica, con una apuesta (en pleno debate) por un tipo de modelo de desarrollo “alternativo”, tal como lo intenta exponer no sólo el discurso *oficial* de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA), o el de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), sino los propios sectores de la sociedad organizada que sin ser precisamente detractores de estos procesos, sí evalúan críticamente su desenvolvimiento y exponen su paradójica continuidad con los patrones *hegemónicos* de integración.

Si bien la emergencia de organizaciones regionales es una de las estructuras más visibles de la constelación post-nacional, la producción de regiones no sólo traza espacios sobre un mapa que desdibuja los Estados territoriales, sino que se vale de ellos y construye nuevos significados de pertenencia, resistencia, participación, identidad, etc., al mezclar nuevas proyecciones materiales y simbólicas. Es por ello que Kessler y Helming argumentan que las regiones en construcción se caracterizan ante todo por “la sobreposición y colisión de lógicas y fuerzas con racionalidades en permanente tensión” (2007: 570). Lo cual no significa la imposibilidad de construir espacialidades capaces de autodefinir un imaginario conceptual y funcional. En todo caso, lo que interesa destacar es que, como fenómeno referencial para la producción de espacialidades en la actual configuración global, la regionalización es un hecho complejo que posee un particular énfasis en el escenario latinoamericano contemporáneo.

Queda claro, por tanto, que las fronteras territoriales se amplían al entorno trans-territorial de lo étnico, lingüístico y cultural, y que la lógica de interpretar al territorio como el *espacio dado*, productor de identidades, puede ser invertido e interpretado como una construcción que resulta de las dinámicas sociales que demandan mediante sus prácticas políticas espacialidades múltiples, ya sean territoriales o no.

Superar la “trampa territorial” enunciada por Agnew (2005), significa trascender la idea de que las fronteras territoriales y, por tanto, las entidades políticas, son previas a la formación de identidades colectivas, mediante un análisis de la “emergencia, reproducción y cambio de las funciones que ejerce tanto el territorio como el Estado en la conformación de una geografía del poder” (Kessler y Helming, 2007: 571). Es así que los proyectos orientados a consolidar el ejercicio y la representación plurinacional en varios de los países de la región, impactan directamente en la idea, no de reformar, sino incluso de refundar la figura y función del Estado.

Como ya se mencionó anteriormente, un elemento fundamental en la producción espacial consiste en exponer la importancia de revalorizar el “lugar” como un componente dinámico de los procesos políticos, sociales y económicos (Cairo, 2005: 13-14). En este sentido, el lugar, como productor de espacio, ha dejado de ser un escenario estático en el que los diferentes hechos se suceden, para convertir la comprensión del espacio en una forma de relación múltiple entre lugar e identidad política (Agnew, 1987). En tanto que el espacio se conceptualiza como “un campo de acción o área en la que un grupo u organización actúa”, el lugar “se refiere a la forma en que la vida cotidiana se inscribe en el espacio y adquiere significado para grupos particulares de gente y organizaciones” (Agnew y Smith, 2002: 5).

De esta forma, tal y como argumenta De la Fuente (2008), el lugar y lo local constituyen el segundo referente geográfico que se defiende las contradicciones de lo global, y que incluso “cuestiona a la nación como fuente primordial de identidad”, de manera que las relaciones entre lugar, Estado e identidad son cada vez más interrogadas. Así, las “diferentes comunidades socio-políticas —definidas o no espacialmente— a través de la politización de su identidad colectiva y de las demandas vinculadas a ella buscan soluciones en sus propias localidades” (De la Fuente, 2008: 17-18), es decir, en los lugares desde los que se construyen de forma más autónoma. Así lo comprueba la importancia e impacto que ha tenido la discusión autonómica en América Latina, no sólo tras la aprobación del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que condujo a la aparente incorporación de lo indígena a los marcos constitucionales de varios países en la década de los 1990 (multiculturalismo neoliberal), sino al considerar, en el actual siglo XXI, que autonomía y emancipación implican nuevas formas de participación y representación democrática, las cuales reclaman soluciones a los problemas que se viven desde la inmediata y certera experiencia local.

Finalmente, resulta relevante considerar que la producción de espacio(s) está vinculada directamente a la elaboración cartográfica. El diseño, producción y uso de mapas, contienen una amplia gama de intencionalidades discursivas que van desde la presentación diferenciada de datos, hasta la divulgación de intereses políticos y estratégicos que el Estado y las empresas ejercen sobre el espacio y el territorio (Lacoste, 2000). En todo caso, “el mapa” transmite la visión específica del mundo del/los autor/es, y se convierte por excelencia en parte de un discurso geográfico. Aunque esta construcción de imaginarios desde la producción cartográfica merece un estudio focalizado y más extenso, vale la pena considerarla como un elemento focal en la producción de representaciones que se están gestando en América Latina y el Caribe⁴.

⁴ En este sentido una de las iniciativas más interesantes ha sido elaborada por un grupo de trabajo dedicado a la elaboración del *Atlas sobre la cuestión agraria en Brasil*, coordinado por Eduardo Paulon Girrardi (2008), del que ha derivado una propuesta metodológica para una Cartografía Geográfica Crítica (CGC), basada en una lectura *deconstruccionista* de los fines que persigue la producción de mapas.

1.3. Discursos geopolíticos: prácticas y representaciones

Uno de los enfoques centrales desarrollados por la geopolítica crítica, se ha concentrado en identificar la manera en que se construyen los “discursos geopolíticos” que sustentan determinadas espacialidades. Es decir, los componentes y procedimientos que “naturalizan” determinadas representaciones y prácticas en torno a un espacio determinado. Los discursos son conceptualizados como capacidades específicas de los actores para construir significados acerca del mundo y sus actividades, mediante recursos socio-culturales (Foucault, 1980). En este caso, en torno a significados que vinculan espacio, poder y lenguaje.

Los discursos poseen un doble perfil de identificación. Uno es claro, explícito y posee mayor capacidad de ejecutar congruentemente el discurso oral y escrito de los hacedores de política (*the speech*) y la práctica ejecutada. El otro perfil es tácito, más difícil de ser identificado y con implicaciones más subliminales sobre el campo político y social. Ambos, sin embargo, actúan en conjunto y arrojan resultados, por ejemplo, sobre las espacialidades que aquí estudiamos.

El reconocimiento de los discursos geopolíticos es fundamental para entender el actual proceso de re-definición de las representaciones dominantes que configuran el imaginario de ALyC, y las prácticas espaciales que reproducen o desafían dichas espacialidades. Cabe establecer por tanto, que un discurso geopolítico se fundamenta en una relación dialéctica y finalmente sintética o complementaria, entre las “representaciones del espacio” y las “prácticas espaciales”. Las primeras involucran un conjunto de “códigos, signos y entendimientos” que generan las condiciones necesarias para que exista un diseño, uso y explotación del espacio y los elementos activos que lo componen.

Por su parte, las prácticas espaciales se refieren al ejercicio efectivo, o que *de hecho* se practica en los lugares y los conjuntos espaciales previamente interrelacionados, impuestos y organizados para la producción económica y la reproducción social (Cairo, 2005: 12). De tal forma, que estas prácticas conllevan el sostenimiento de representaciones espaciales (de poder) específicas, que naturalizan la explotación los recursos naturales, la mano de obra barata de los emigrantes documentados e indocumentados, el tráfico de estupefacientes y drogas ilegales, etc.

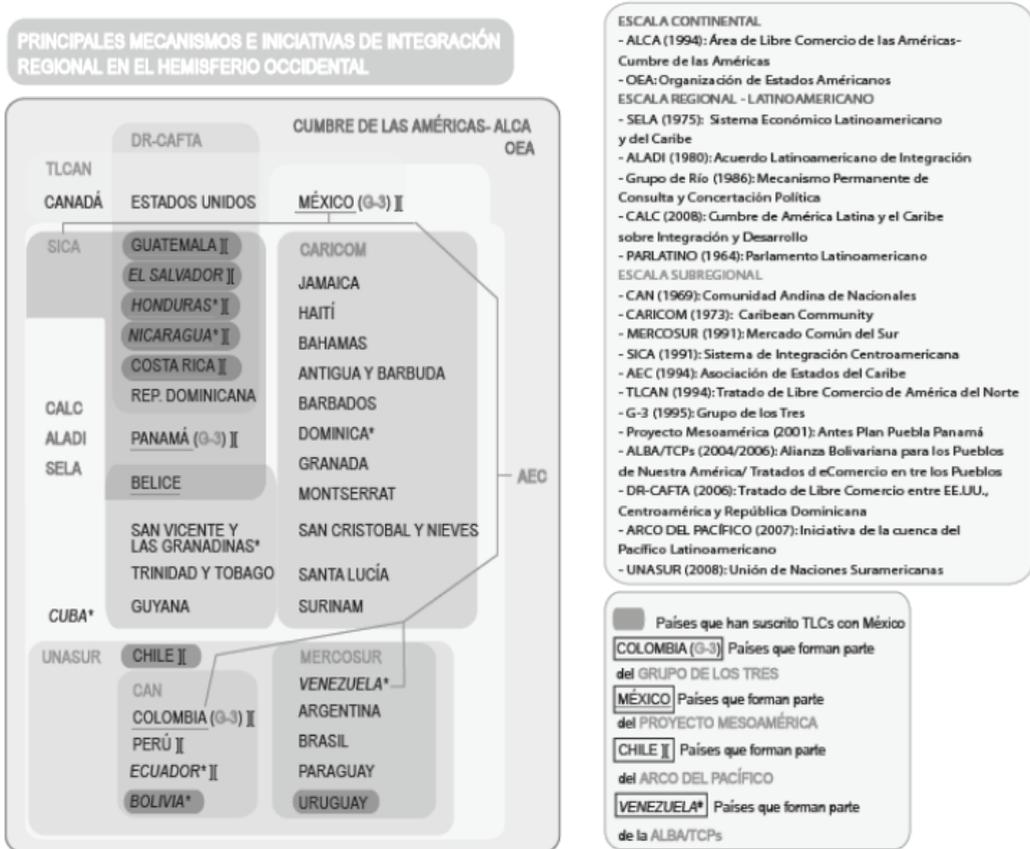
No obstante, dichas prácticas también pueden llegar a cuestionar tal ordenamiento y alterar la sincronización entre prácticas y representaciones, toda vez que existe un proceso de emergencia de nuevos actores que constituidos como sujetos políticos, permiten un ajuste congruente entre ambos elementos, o lo desafían, ya que poseen la potencialidad política para interrumpir dicha interrelación, transformando sus circunstancias. Por ello, es importante reconocer la emergencia de nuevas prácticas espaciales que al cuestionar las representaciones que imponen los actores centrales han llevado a desajustar el discurso geopolítico que tradicionalmente definió el imaginario sobre ALyC, como una región periférica en el sistema mundo, marginal en los modelos geopolíticos dominantes y, en todo caso, como una subregión subordinada al proyecto panamericano conducido por Estados Unidos de América (Cairo, 2008).

2. Pensar la geopolítica crítica en América Latina: nuevas espacialidades y la(s) otra(s) representación(es)

El conjunto de acontecimientos y escenarios que han transformado la dinámica política, económica y social de América Latina desde finales del siglo XX ha llevado a una consecuente redefinición de muchas de las prácticas espaciales vigentes hasta fines del siglo XX, pero además a la demanda de categorías adecuadas para poder explicarlas. El desajuste entre representaciones espaciales dominantes y las prácticas alternativas exige una serie de nuevos conceptos sobre la relación entre espacio, poder, medio ambiente, economía y sociedad. Esto implica dotar a la matriz histórico-espacial latinoamericana de una nueva complejidad, que inserte proyecciones geopolíticas y geoeconómicas diversas:

- *Los bloques supranacionales, regionales y/o continentales*, que proyectan la espacialidad de los mecanismos de integración regional y subregional más persistentes en la región. Algunos de ellos incluso han activado un “emparejamiento” de agendas para el logro de proyectos más amplios, como el Mercado Común del Sur (Mercosur) y la Comunidad Andina de Naciones (CAN) en el marco del proyecto de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). (Los mecanismos pueden ser identificados en la Figura 1.)
- *Las redes transnacionales de la sociedad civil organizada* a través de proyectos críticos al esquema económico neoliberal, que se organizan en grupos ambientalistas, defensores de los derechos humanos, indigenistas, feministas, etc. Un ejemplo de esta espacialidad transnacional ha sido bien representada, por ejemplo, por el proyecto de la Alianza Social Continental (ASC), que logró aglutinar diversas organizaciones civiles a lo largo del hemisferio para resistir a los embates de la propuesta del Área del Libre Comercio de las Américas (ALCA).
- *Los reajustes en las alianzas norte-sur y las nuevas alianzas sur-sur*, generan a lo largo y ancho del hemisferio occidental, que van desde los más recientes acuerdos bilaterales entre EE UU y algunos países o subregiones de ALyC, como por ejemplo el Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana-Centroamérica y Estados Unidos de América (DR-CAFTA), o incluso la ruptura o recomposición de las relaciones entre los países latinoamericanos en el sur, con las instituciones financieras internacionales en el norte global, como lo representó la cancelación de la deuda con el Fondo Monetario Internacional (FMI) por parte de Brasil, Argentina y Uruguay en 2006.
- *Alianzas trans-locales*. Las nuevas especificidades espaciales que los grupos de derecha o reaccionarios a la emergencia e instalación en el poder de una izquierda política o progresista, generan a través de alianzas interregionales, como lo representa el caso de la Confederación Internacional por la Libertad y la Autonomía Regional (CONFILAR), que ha integrado un eje trans-local autonómico-separatista entre Santa Cruz (Bolivia), Guayaquil (Ecuador) y Zulia (Venezuela).

Figura 1. Principales mecanismos e iniciativas de integración regional



Fuente: Elaboración propia

Este conjunto de escalas subnacionales y transnacionales que atraviesan el esquema tradicional geográfico-político de los Estados, exige la consideración de los actores que, más allá de estar inscritos o aprisionados en el espacio de un Estado poderoso o débil, rico o pobre en recursos, genera sus propias reivindicaciones y relaciones con el espacio. Esta incontenible demanda de espacialidades que se construyen a partir de nuevas prácticas geopolíticas, como las que adelante se ilustrarán desde la experiencia de ALyC, implica también considerar sus representaciones.

Taylor y Flint (2002: 47) distinguen tres escalas de análisis ligadas a específicas dimensiones: la nacional asociada a la ideología, la local vinculada a la experiencia, y una global asociada a la realidad. En esta estructura “geográfica vertical tripartita”, el Estado-nación, funge como instancia intermedia entre la escala global de la economía

mundo y la escala local, es decir, funciona como “amortiguador o tapón [...] que separa la experiencia de la realidad”. A lo que agregan que “las actividades cotidianas de todos no dependen de la localidad (ya que) los acontecimientos más importantes se producen a escala global, que es la escala de acumulación en la que el mercado mundial define los valores que acabarán imponiéndose en las comunidades locales” (Taylor y Flint, 2002: 48).

No obstante, como se consideró en el pasado apartado respecto a la relevancia que juegan los referentes geográficos alternativos al global, en particular el del lugar y la localidad, es necesario limitar esta percepción que responde, en todo caso, a la imposición de específicas *historias locales* impuestas como *diseños globales* (Mignolo, 2000). Las prácticas espaciales de ALyC, comprueban que las experiencias locales muchas veces se articulan trascendiendo los límites de la ideología del Estado-nación. La emergencia de identidades de resistencias transnacionales y/o trans-locales, así lo comprueban. Incluso, la formación de nuevas identidades supranacionales que derivan de los procesos de integración regional generan espacios ideológicos en construcción, que demandan espacios de representación, más allá del perfil instrumental que esta práctica conlleva.

Por otro lado, la redefinición de las relaciones interregionales antes mencionadas, condiciona el trazo de la configuración de bloques, alianzas y representaciones del discurso geopolítico mundial. La realidad de la economía-mundo requiere considerar las modificaciones que, por ejemplo, involucra la renegociación entre EE UU y la Unión Europea de la Alianza Atlántica, frente a los desafíos que plantea Rusia, Irán o Israel; o el rediseño de los parámetros de negociación entre EE UU y China —convertido en su principal acreedor desde 2008⁵— y el resto de las potencias asiáticas en el Pacífico. O en el caso latinoamericano las implicaciones del diálogo y negociaciones de las Cumbres de América Latina, el Caribe y la Unión Europea, o la intensificación del diálogo de algunas naciones, como Brasil y Venezuela, con naciones con creciente proyección estratégica como Rusia, Irán o la India.

A esto se agrega la importancia de percibir una identidad espacial que trasciende la estricta geografía física del Norte y el Sur, heredada de la posición crítica con el discurso totalizador Este-Oeste de la Guerra Fría, y la lectura de asimetría socioeconómica de la Economía Política Internacional. Y que considera una geopolítica compleja sensible a la identificación de un *Norte global*, vinculado a una espacialidad que reúne a las grandes cúpulas y elites de poder tanto de los países del Norte como del Sur geográfico del planeta, y un *Sur global*⁶, que representa una espacialidad en que se aglutinan las clases trabajadoras y campesinas, los movimientos sociales indígenas, feministas y ecologistas, los emigrantes indocumentados, los segregados en bastiones

⁵ Según cifras del gobierno norteamericano, a fines de enero de 2010 China consolidó su lugar como primer acreedor de EE UU, con inversiones públicas y privadas por 739.600 millones de dólares en títulos del Tesoro estadounidense (*U.S. Treasury Department*, en <http://www.treas.gov/tic/mfh.txt>, 2010).

⁶ Para un análisis profundo al respecto, véase el trabajo de Cairo y Bringel (2010) que aparece en este número.

de pobreza y *tierras incógnitas*⁷, que en conjunto enfrentan la negación de ciudadanía, etc. Esta heterogeneidad de actores está presente tanto en los países del Norte como en el Sur geográfico del mundo.

Figura 2. Esquema multiescalar de la geografía política contemporánea



Fuente: Elaboración propia

Por todas estas consideraciones generales, es importante debatir un nuevo esquema que complementa y amplía el razonamiento tanto de la estructura tripartita horizontal de los procesos del sistema-mundo, inspirada en la propuesta de análisis de I. Wallerstein (2005), como de la estructura vertical tripartita por escalas que se ilustra en la Figura 2.

3. Una nueva agenda de investigación: las prácticas geopolíticas de la región

Enseguida se presentan las diversas prácticas espaciales derivadas de las expresiones políticas y sociales más importantes de los diversos actores que se desenvuelven en la región. Prácticas que (re)producen (nuevas) representaciones espaciales dominantes

⁷ Con este concepto nos referimos a los territorios “desdibujados” o “descartografiados” por los procesos centrales del sistema mundo, pero que resultan de una u otra forma, de suma importancia por su posición geoestratégica. Para Nogué y Rufi (2001: 120) se trata de espacios en blanco, territorios fuera de control regidos por una lógica interna de descontrol político y caos económico y social.

en la región, o que conllevan a nuevas y potenciales representaciones espaciales. Para ello se ha construido una clasificación de cuatro ejes generales, que a su vez aglutinan otras expresiones de práctica espacial mucho más específicas. En cada uno de los subapartados se identifican las características más destacadas de cada práctica espacial, y se plantean las ideas fuerza que constituyen las aproximaciones de estudio respecto de cada una de ellas.

3.1. *Práctica(s) espacial(es) del poder*

Un desafío fundamental de la geopolítica crítica es comprender de qué forma el conocimiento geográfico es transformado en un razonamiento geopolítico reduccionista de los “intelectuales de Estado”, “de qué forma los lugares son reducidos a *commodities* de seguridad, a abstracciones geográficas que requieren ser domesticadas, controladas, invadidas, o bombardeadas” (Ó Tuathail y Agnew, 1992: 97), en lugar de ser contextualizados y comprendidos desde la complejidad local que demandan dichos lugares. Esto se debe a que el razonamiento geopolítico neconservador trabaja en la activa supresión de la complejidad específica de los lugares, para convertirlos en abstracciones geopolíticas controlables. Este reduccionismo conduce a la construcción de *tierras incógnitas*, a la supresión de espacios y actores políticos, a la desestabilización de regímenes democráticos, a la criminalización de territorios para la apropiación de recursos naturales, etc.

Los estudios sobre las principales prácticas espaciales de poder, entendidas como las dinámicas que se ejercen para la apropiación-conservación del espacio con el uso de la fuerza o mediante la presión “persuasiva” (*hard* y *soft power*), pueden ser estructurados de acuerdo a las principales experiencias de ALyC. La militarización y el imperialismo se ha recrudecido en la región, a pesar de las expectativas generadas por la llegada a la presidencia estadounidense de Barack Obama, quién inicialmente se pronunció por una política exterior hacia la región centrada en torno al concepto de buena vecindad de inspiración rooseveltiana (Obama, 2008).

Entre los acontecimientos que marcan un recrudecimiento de la práctica espacial de poder vía militarización y ejercicios imperialistas, se encuentran, por ejemplo, el fortalecimiento de la estructura militar en la región (*basus belli*), mediante el establecimiento de siete nuevas bases militares en Colombia que se unen a las existentes, y la reactivación de la IV Flota en el Atlántico Sur. Lo mismo ocurre con la puesta en marcha de la Iniciativa Mérida en México (en 2008) y extensivamente en Centroamérica, la cual prevé un paquete de mil seiscientos millones de dólares para la lucha contra el tráfico de drogas y la delincuencia organizada; iniciativa que resulta complementaria al Plan Colombia y a la ahora llamada Iniciativa Mesoamericana (antes Plan Puebla Panamá). En la misma línea encontramos hechos más recientes: el apoyo por parte de ciertas cúpulas del Congreso y las fuerzas armadas estadounidenses al golpe de Estado en Honduras en 2009, y la reocupación militar de Haití tras el terremoto catastrófico de 2010; ambos testifican la línea dura de la política interamericana del gobierno de Obama.

En este sentido, la lectura geopolítica del poder en ALyC se ha caracterizado por denunciar el accionar imperialista de EE UU sobre la región, vinculando al razonamiento espacial categorías tradicionales de poder como hegemonía, imperialismo, dominación o contra-hegemonía, así como reivindicaciones sobre la emancipación espacial e incluso sobre la “desmilitarización del pensamiento”. Así lo han destacado varios de los trabajos de la mexicana Ana Esther Ceceña (2005; 2008), quién coordina el “Observatorio Geopolítico Latinoamericano” y ha participado en proyectos como “Militarización Made In USA”, impulsado por la Agencia Informativa “Visiones Alternativas”, junto a influyentes intelectuales como Immanuel Wallerstein, John Saxe Fernández, Noam Chomsky, Atilio Borón, Samir Amin, James Petras, Leonardo Boff, Heinz Dieterich, José Steinsleger y Carlos Fazio, entre otros.

Estos enfoques analizan el desenvolvimiento de la geopolítica práctica ejecutada en la región por parte de los dirigentes oficiales de los Estados y los actores con mayor poder en la escena internacional, tales como las corporaciones transnacionales. El análisis de las prácticas espaciales del poder escudriña los usos estratégicos del espacio que los países más poderosos en la región impulsan para controlar o afianzar su poder sobre los recursos naturales estratégicos: petróleo, gas, minerales, agua, etc., así como para controlar y reprimir las nuevas manifestaciones de rebelión popular que encabezan los nuevos movimientos sociales, como una forma contradictoria a la “evolución” en las estrategias contrainsurgentes, impulsadas por EE UU y los aparatos de inteligencia castrense de los Estados latinoamericanos.

Así lo prueban los trabajos de Alfredo Jalife-Rahme (2006; 2007), que han dado un seguimiento certero a la geopolítica del petróleo y el gas en un marco conceptual de análisis muy cercano a la geopolítica del poder (petróleo-espacio-poder-militarización), pero enfatizando el rol de los actores latinoamericanos con mayor incidencia en el mercado petrolero internacional, como Venezuela, México, Brasil o incluso Bolivia, en las tendencias geopolíticas globales. Además, ha enfatizado la importancia de los intelectuales de Estado (*the statecraft*), grandes entes corporativos y *think tanks* en la conducción de la geopolítica global y el diseño de las políticas exteriores de las potencias. De tal forma que en las aproximaciones de análisis en ALyC en torno a las prácticas espaciales del poder existe un acercamiento tanto con la geopolítica práctica como con la geopolítica formal.

Con la (re)evaluación crítica de conceptos como seguridad, nación, interés, amenaza, actor, soberanía, identidad o desarrollo, se vuelve latente la propuesta del multilateralismo tanto de la teoría como de la práctica. Un multilateralismo que permita imaginarios geopolíticos “glocales” distintos, como medios para “desprivatizar” la geografía y resistir el dominio de espacios por parte de los Estados, ideas dominantes y capitales.

3.2. *Práctica espacial del conocimiento*

Es fundamental reconocer que existen prácticas espaciales alternativas del conocimiento, es decir, propuestas epistemológicas que desafían el razonamiento espacial

dominante, al deconstruir la naturaleza histórica con que se ha definido el espacio y el papel y relación de las sociedades con éste. Los estudios sobre la práctica espacial del conocimiento, ofrecen una presencia de elementos epistemológicos mucho más cercanos a las propuestas de la geopolítica en *estricto sentido*, ya que no sólo se genera una búsqueda por la reinterpretación explícita entre espacio y poder, sino una demanda por la decolonización del pensamiento y los saberes que involucran la comprensión del espacio, es decir, sus categorías y definiciones.

En este sentido, el grupo de intelectuales pertenecientes al proyecto modernidad/colonialidad (Walsh, Schiwy y Castro-Gomez, 2002; Mignolo, 2007) ha impulsado una importante propuesta de análisis centrada en reconsiderar los grandes relatos, que van desde la historia del comercio internacional hasta la construcción de los Estados nacionales, como la imposición de diseños globales a partir de historias locales. Esto convierte a las narrativas de significación universal en productos geohistóricos, es decir, construcciones sociales que pueden ser identificadas en un momento histórico y un espacio específicos, por lo que pueden ser desmitificados, redefinidos o incluso desechados. Esta re-historización y re-espacialización de las grandes categorías es uno de los argumentos centrales de las geopolíticas del conocimiento.

Por su parte, el trabajo coordinado por Edgardo Lander (2003) *Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales* reúne una serie de trabajos que han impactado de forma importante en la epistemología dominante sobre la región, lo que ha conducido a reconsiderar una nueva “idea sobre América”, y a establecer una apertura sobre las interpretaciones geopolíticas que se elaboran sobre Latinoamérica, incluyendo un esquema espacial más complejo capaz de dar cabida a nuevos actores en las distintas escalas. Esto implica, como señalan los trabajos de Santiago Castro-Gómez (2002), la construcción de una diversidad epistémica, es decir, una consecuente transfronterización de los *limes* y *borders* del conocimiento.

Cabe destacar que estas geopolíticas del conocimiento potencian un diálogo prometedor entre los saberes occidentales, los saberes populares y los saberes de los pueblos originarios. Por lo tanto, se da cuenta de la diversidad cultural y de los impulsos que puede generar un diálogo intercultural que incluso ha desembocado en una estrategia pedagógica especializada, que va de la dimensión continental a la de los nuevos Estados que reconocen su carácter plurinacional⁸.

Las bases de esta práctica espacial implican considerar que la producción de conocimiento es paralela a la construcción de espacialidades, de allí su gran relevancia en la conformación de una agenda de geopolítica crítica desde ALyC.

⁸ Como ejemplo de esta nueva articulación de experiencias a lo largo de diversas instituciones e intelectuales de la región, es posible identificar el proceso de desenvolvimiento del grupo modernidad/colonialidad, sus publicaciones colectivas, y sus proyectos de participación con movimientos sociales e instituciones educativas de la región. Véase la historia del grupo modernidad/colonialidad en Castro-Gómez y Grosfoguel (2007).

3.3. *Práctica espacial anti-geopolítica y contra-representaciones de resistencia*

La anti-geopolítica puede ser concebida como “una fuerza política y cultural ambigua dentro de la sociedad civil que articula dos formas interrelacionadas de estructura contra-hegemónica” (Routledge, 2006: 233); la primera desafía el poder geopolítico “material” de los Estados y las instituciones globales, es decir, de la economía-mundo, y la segunda desafía a las representaciones impuestas por las elites políticas acerca del mundo, dispuestas para servir sus intereses.

Desde el punto de vista geopolítico estrictamente neoconservador, la anti-geopolítica representa “un discurso subversivo que enfatiza el rol social de las ideas, el factor humano, y la posibilidad de un cambio social profundo” (Drulak, 2006). Pero más allá de su adjetivación, el carácter de la anti-geopolítica evoca la construcción de espacialidades que disienten de las dominantes.

Las prácticas espaciales anti-geopolíticas, reconocen desde discursos opositores de intelectuales disidentes y estrategias tácticas de los movimientos sociales hasta las manifestaciones que se oponen a las estructuras institucionales desde la ilegalidad, como las redes del crimen organizado, grupos armados beligerantes, bandas terroristas, etc. (Routledge, 2006). No obstante, la mayoría de los estudios se abocan al análisis de las expresiones contra-espaciales que resisten, desde expresiones pacíficas y de resistencia civil, tanto a las estructuras de gobierno y a las instituciones políticas y económicas, como a los grupos privados que trazan el diseño de modelos de explotación. Los movimientos ecologistas, feministas y de los pueblos indígenas, por ejemplo, conjugan un proyecto “alternativo” de la sociedad civil.

Los estudios sobre la práctica espacial anti-geopolítica aglutinan un conjunto de manifestaciones políticas y aportaciones intelectuales que han tenido un particular peso en ALyC, al considerar la importancia que los movimientos sociales han alcanzado a lo largo de las últimas dos décadas. Esta geopolítica de la resistencia se caracteriza por confrontar a la imaginación geopolítica dominante desde una imaginación anti-geopolítica, la cual se propone construir una fuerza ética, política y cultural desde la sociedad civil, que cuestiona la falta de coincidencia entre los intereses de la comunidad y los de la clase política del Estado. Siguiendo a Cairo, la imaginación geopolítica de resistencia permite construir “contra-espacios en los que las representaciones oficiales del espacio y sus contenidos se cuestionan, reflejando las prácticas espaciales de las fuerzas contra-hegemónicas” (2005: 324). Entre las expresiones específicas más destacadas es posible identificar las siguientes.

A) *Practica espacial indígena*. Entre las prácticas anti-geopolíticas, destaca con gran fuerza la resistencia indígena en Latinoamérica que en sus demandas decolonizadoras, han desarrollado dos estrategias generales de resistencia simultáneas y dos imaginaciones geopolíticas de resistencia, las cuales son, de acuerdo con Cairo (2009):

- una estrategia *etnonacionalista*, que afirma la propia cultura ancestral, y reivindica el territorio ancestral, y

- una estrategia *panindianista*, que afirma la comunidad de los excluidos por la colonización, y desarrolla una estrategia de desterritorialización de los actuales Estados poscoloniales.

En este terreno existen importantes experiencias empíricas de práctica anti-geopolítica que han generado su propio discurso y reconocimiento por interlocutores tanto académicos como políticos. Este es el caso del neo-zapatismo en México y de los movimientos indígenas en Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia. La geopolítica de la resistencia se expresa en el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y sus demandas contra el despojo y la desposesión territorial, en el movimiento cocalero de Bolivia contra la criminalización de la coca (símbolo ancestral) y su espacio para la producción, que conlleva resistir contra la criminalización de las tradiciones y costumbres.

La última década de estructuración política en América Latina se compone de un conjunto de transformaciones en el ámbito de procedimientos y formas en el ejercicio democrático (gramática de la democracia), en la tendencia ideológica general de los grupos en el poder del Estado, en la presencia de bastiones políticos diferenciados a distintas escalas al interior de los Estados Nacionales, así como en el papel determinante de los movimientos sociales que han transformado la resistencia mediante la dispersión del poder (Zibeche, 2006b).

Holloway (2002) enfatiza tres de los más importantes aspectos del imaginario anti-geopolítico: la autonomía indígena y regional; la construcción de otra política que desmitifica el poder del Estado y que diferencia al poder como fuente de dominación y al poder como potencialidad del hacer; y la integración del sujeto relacionado con sus intersubjetividades con la finalidad de lograr la auto-emancipación y el autogobierno.

Las perspectivas de análisis de la práctica espacial indígena se vinculan al fuerte posicionamiento de los movimientos indígenas en la escena política contemporánea de América Latina, sin que esto quiera decir que hace apenas unas décadas hayan emergido como actores políticos, ya que los grupos indígenas poseen una identidad política desde antes del proceso de conquista en el siglo XV, e incluso la conservan durante el período colonial y a lo largo de la vida “independiente” de los nuevos Estados en América Latina.

En todo caso, la geopolítica indígena denuncia tanto la exclusión política de los indígenas en los sistemas políticos latinoamericanos, como su anulación sociológica en la construcción de los proyectos nacionales, es decir, la existencia de un persistente “colonialismo interno” (González Casanova, 2006) que hace patentes los esquemas de dominación sobre los pueblos originarios aún en el marco de las nuevas repúblicas independientes. De tal forma que la re-emergencia indígena en movimientos organizados que se extienden desde Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela hasta México y Centroamérica, ha significado un impacto espacial trascendental en el proceso de re-territorialización de América Latina y la redefinición de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, al re-considerarse elementos vinculados a su cosmovisión.

La geopolítica indígena se ha enfocado en estudiar la construcción política y epistémica de estos movimientos indígenas y su impacto conceptual geográfico, como lo representan los trabajos del ecuatoriano Pablo Dávalos (2005) o la francesa Danièle Dehouve (2001). Por otro lado, intelectuales como Álvaro García Linera (2006) (actualmente vicepresidente de Bolivia) y Boaventura de Sousa Santos (2004; 2006), han desarrollado trabajos académicos de la mano de la praxis política ejercida por los movimientos indígenas en la región andina. Lo que ha llevado a incorporar al debate de la geopolítica práctica y formal, las categorías de autonomía regional y el ejercicio de derechos por usos y costumbres, así como el controversial concepto de Estado Plurinacional que se ha convertido en un pilar fundamental de la discusión sobre la refundación del Estado, y consecuentemente del debate primordial sobre geopolítica.

No obstante, trabajos críticos como los de Félix Patzi, en torno a las rebeliones indígenas en Bolivia, la función colonial del Estado, y el sistema comunitario como referencia de organización política, económica y social, evidencian los vacíos que siguen perpetrándose en el nuevo proyecto de Estado boliviano. Además consolidan la importancia de reconsiderar el sistema comunal como un eje de organización territorial y de proyección geográfica para otra forma de hacer política (Patzi, 2003). De igual forma, los trabajos de Pablo Mamani (2005), en torno a las geopolíticas indígenas y la geoestrategia de los indígenas aymaras, recuperan varios elementos de la histórica perspectiva “indianista katarista”, así como el trascendente papel organizativo logrado, por ejemplo, en la región de El Alto durante el año 2003, en la denominada Guerra del Gas, que a través del desbordamiento social y el activismo horizontal de las juntas vecinales, estructuraron una lucha con orgullosas consignas indígenas de defensa anti-estatal, en tanto conformación de territorios, administración política y usos y desusos del Estado (Zibechi, 2006b).

Finalmente, cabe destacar que una de las repercusiones del creciente posicionamiento de defensa de la territorialidad indígena, que contiene las diversas demandas de una agenda de resistencia y contra-representación, ha encontrado una de sus manifestaciones en el “contra-mapeo”. La (re)apropiación de los instrumentos productores de espacialidad, como los mapas (y elementos más técnicos como los sistemas de información geográfica, o el propio sistema de posicionamiento global [GPS]), han hecho que, como lo declarara Bernard Nietschmann, más territorio indígena se haya recuperado a punta de mapas que de armas en los últimos años. El trabajo de Karl Offen (2009) se ha dado a la tarea de identificar el mapeo generado por diversos grupos indígenas y afro-latinoamericanos en ALyC, valiéndose de convenios internacionales, el apoyo de ONGs y la articulación de resistencias transnacionales. El resultado es la proyección de identidades y usos alternativos del espacio, de forma paralela al que impone la imaginación geopolítica moderna en el continente, basado en las fronteras de los Estados Nación y sus sistemas político-administrativos.

B) *Práctica espacial feminista/ de género.* Los y las geógrafos/as políticos/as feministas se han preocupado por hacer visible que en la constitución-creación de políticas, relaciones políticas y geografías políticas es determinante la estructura derivada del género; es decir, el papel de la masculinidad y la femineidad en la distribución, el

antagonismo y el proceso constitutivo de lo político (Staeheli y Kofman, 2004). La perspectiva feminista envuelve un trabajo sobre conceptos que van más allá de las fronteras creadas por los espacios y esferas formales de lo político. Se orienta por visiones normativas del cambio social, para combatir la exclusión, la opresión y la marginación.

Las relaciones de género son determinantes para la comprensión de la distribución y el antagonismo que motivan las diversas expresiones de poder sobre el espacio. Aunque la teoría social crítica, las ideas posmodernistas y la propia geopolítica crítica motivan a que se preste atención al proceso constitutivo de lo político, la aproximación feminista destaca el papel de las relaciones de género en la omisión de sujetos y sus repercusiones, ya que aún cuando han sido anulados, su “presencia omitida” ha sido fundamental en la distribución de poder, en el antagonismo de lo geopolítico, y en el propio *acto constitutivo* (cfr. Staeheli y Kofman, 2004). De allí, que se hayan desarrollado no sólo estudios sobre la historia de la mujer, sino también sobre la historia de la masculinidad, que siempre ha construido su relación en torno a la mujer (reconocida explícitamente o no).

De acuerdo con Sharp (2005), el reescribir acciones de mujeres (y otras voces marginadas) como parte del pensamiento geopolítico, sugiere un desplazamiento hacia el “ojo anti-geopolítico”, es decir, un proceso que reconoce la corporeización inherente e inevitable de procesos geográficos y relaciones geopolíticas a diversas escalas y con una diversidad de sujetos visualizados o no por los discursos dominantes. Siguiendo con estas reflexiones, “ser mujer” (*womanhood*) es una construcción de lugares diferentes, un resultado “de muchas geografías [...] desarrollando relaciones locales y globales de colonialismo, comercio, explotación, lucha...” (Sharp, 2005: 43).

Por su parte, Hyndman afirma que la geopolítica feminista “trata de desarrollar una política de seguridad en múltiples escalas, incluyendo la del cuerpo (civil)” (2003: 3). Esta posición se enfrenta a la versión militarizada que postula una identidad que necesita la protección del peligro presentado por un Otro diferente, externo o incluso al que ha estado ligado históricamente. En este sentido destaca, por ejemplo, la experiencia de las mujeres zapatistas en México que, tras la reunión de las voces indígenas de las mujeres que formaban parte de las bases sociales y militares del movimiento, presentaron sus demandas al Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), que llevó a que la *Ley Revolucionaria de Mujeres* fuera aprobada y publicada en *El Despertador Mexicano*, órgano informativo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el primero de diciembre de 1993, junto con la Primera Declaración de la Selva Lacandona.

En esta Ley, constituida por 10 artículos, se reivindica el derecho de la mujer a trabajar y recibir educación, a ocupar cargos de dirección en la organización política del proceso revolucionario y a tener grados militares en las fuerzas armadas revolucionarias. Pero además, existe una clara demanda de reapropiación sobre su corporeidad y seguridad, como lo establece el *artículo tercero*: “las mujeres tienen derecho a decidir el número de hijos que pueden tener y cuidar”; *séptimo*: “las mujeres tienen derecho a elegir su pareja y a no ser obligadas por la fuerza a contraer matrimonio; y *octavo*: “ninguna mujer podrá ser golpeada o maltratada físicamente ni por familiares

ni por extraños. Los delitos de intento de violación o violación serán castigados severamente”.

A estas experiencias se agregan prácticamente todas las vinculadas a los movimientos sociales en Latinoamérica, tal como lo demuestran las declaraciones reuniones y convenciones internacionales de los pueblos como el Foro Social Mundial, o de importantes organizaciones como el Consejo de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE), el Movimiento sin Tierra (MST) en Brasil, proyectos que abogan por una carta social en los organismo internacionales de integración: Mercosur del Pueblo, la Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA), la Cumbre de los Pueblos, etc.

Bajo estas consideraciones, el papel de la mujer en ALyC, se ha convertido en una punta de lanza del proceso de contra-espacialidades simbólicas en el ámbito epistémico, corporal y territorial. Las perspectivas feministas se han concretado en experiencias de resistencia frente a la defensa del agua, el gas, los bosques, y en última instancia de la comunidad y la familia. Una lucha que ha tejido redes inter-locales y transnacionales, acompañando y formando parte el movimiento indígena, ecológico y pro derechos humanos, es decir, de prácticas espaciales de lucha y contra-representación junto con los hombres. Lo que justamente identifica la corporeización de la mujer en la anti-geopolítica constitutiva.

C) *Práctica espacial ecologista-medioambiental.* Desde la Cumbre de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en 1992, en que se consolidó la idea de que las intervenciones humanas sobre la naturaleza generan daños irreversibles en la estructura y funcionamiento de los ecosistemas, hasta la consolidación de partidos verdes, organizaciones no gubernamentales, y redes sociales contra la explotación indiscriminada de recursos, deforestación y trata de especies en peligro de extinción en la década de los 1990, en ALyC se manifiesta una cada vez más madura práctica espacial ecologista-medioambiental.

Así lo han demostrado, por ejemplo, los resultados de las diversas emisiones del Foro Social Mundial (FSM), en que se llama a transformar la relación entre sociedad y medio ambiente. E incluso las aportaciones elaboradas desde la ecología política, en que intelectuales, movimientos sociales y algunas organizaciones internacionales han desarrollado una agenda de activismo político, demanda de nuevos marcos institucionales de protección al ambiente y descolonización de la Madre Tierra.

En este contexto, la definición de una geopolítica de los movimientos ambientalistas transnacionales es un punto referencial de la construcción de contra-espacialidades, toda vez que desafían la geografía interestatal capitalista y sus modelos desarrollistas basados en la extracción indiscriminada de recursos naturales, y reclaman a su vez políticas de protección a ecosistemas y biosferas en la región. Estas visiones establecen una importante reflexión respecto a los usos responsables del espacio contenedor de la riqueza natural, y una propuesta para la definición de una nueva geopolítica para el desarrollo en la región. Para Walsh (2009) el patrón de poder mundial sustentado en una matriz de colonialidad del poder, el saber y el ser, además se vale de la “colonialidad de la madre naturaleza”. En este sentido, el discurso político y “constitucio-

nal” de los gobiernos de Bolivia y Ecuador da cuenta de estas demandas, al haber incorporado en sus constituciones, el proyecto del “Vivir Bien” y el “Buen Vivir”, respectivamente.

Existen interesantes aportaciones críticas no sólo a la explotación de recursos energéticos tradicionales como el petróleo, el gas o los minerales, sino también a los usos que se hace de los alimentos para la producción de biocombustibles, y los consecuentes conflictos geopolíticos entre países latinoamericanos que apoyan o se oponen a tal estrategia energética (Zibechi, 2006a). En el mismo sentido, colectivos como el ecuatoriano “Acción Ecológica”, han producido interesantes lecturas geopolíticas sobre biocombustibles, deforestación, producción transgénica, biodiversidad, fumigaciones, etc.

Cabe notar, que estas potencialidades para una nueva práctica espacial que redefine la diversidad socio-espacial enfrenta, como señala Milani (2008: 291), dos cosmovisiones enfrentadas sobre el derecho al uso de la riqueza ambiental. Por un lado, la propuesta orientada a fortalecer un régimen de propiedad basada en la definición de patentes, y, por otro, la demanda (principalmente de movimientos indígenas y ambientalistas) de reconocimiento de estatutos de un bien común sobre los saberes tradicionales y autóctonos. Esto en términos espaciales conduce a un enfrentamiento sobre la interpretación de los usos del espacio y el tipo de relación que la sociedad guarda con el mismo. Se engendran así zonas de “contacto intercultural en que se explicitan conceptos y significados en cuanto a los bienes que es necesario proteger...” (Santos, citado en Milani, 2008: 291). Se trata de zonas de contacto en que convergen visiones diferenciadas y contradictorias —que derivan en espacialidades con potencialidad de conflicto por su naturaleza fragmentadora o de aislamiento— o, en el mejor de los casos, “complementarias”, cuando el ambiente se logre construir como un espacio social derivado del “diálogo intercultural”.

En esta construcción espacial, es importante identificar la transversalidad de las prácticas espaciales indígenas ya planteadas, dada su activa incidencia en el cuestionamiento a políticas desarrollistas y procesos extractivistas que siguen manteniendo una lógica de capitalismo de estado en países de la región andina. Tal es el caso de la *Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas* (CAOI), que al reunir a organizaciones de Ecuador (*Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador*, CONAIE), Perú (*Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería*, CONACAMI), Bolivia (*Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu*, CONAMAQ), Colombia (*Organización Nacional Indígena de Colombia*, ONIC), Chile (*Identidad Territorial Lafkenche*) y Argentina (*Organización Nacional de Pueblos Indígenas en Argentina*, ONPIA), se constituye como actor colectivo con capacidad de movilización transnacional, por su capacidad de convocatoria y por la naturaleza política de sus demandas, que se especializan más allá de las fronteras nacionales.

Por otro lado, existen proyectos informativos importantes desde la perspectiva de la geopolítica popular, toda vez que posicionan el debate ecológico-ambiental en espacios cotidianos en que se forma la opinión pública. Este es el caso del *Informe de Biodiversidad del CIP. Programa de las Américas*⁹, un proyecto periodístico de análisis coyuntural que se da a la tarea de recolectar las experiencias de resistencias políticas y sociales ante los proyectos de “desarrollo” impulsados por instituciones internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, o incluso de proyectos intergubernamentales como la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA). En este sentido, también destacan múltiples proyectos de prensa alternativa construida por redes ciudadanas, que vía Internet, transmiten sus diagnósticos y análisis sobre proyectos gubernamentales que proyectan efectos negativos al ambiente. Este acompañamiento mediático desde las redes sociales, ha sido fundamental para diversas redes de resistencia como el *Movimiento Mesoamericano contra las Represas*, contra el *Plan Puebla Panamá* (actualmente Iniciativa Mesoamericana), etc.

3.4. *Práctica espacial de la integración*

El tránsito de la marginalidad a la cada vez más palpable capacidad de autodefinición y de construcción de autonomía como región, requiere identificar los procesos de (re)producción espacial que enfrenta una región en construcción. En este caso mediante la revisión de las nuevas imágenes conceptuales sobre la región, y las prácticas espaciales más destacadas. Las prácticas espaciales de la integración se orientan a la revisión de los enfoques que critican tanto los modelos de desarrollo ortodoxos y de depredación natural in-sustentable hasta los proyectos de integración regional. De tal forma que se presentan aportaciones analíticas sobre la “geopolítica de la deuda externa”, crítica a los usos de la cooperación internacional y el endeudamiento por parte de los países desarrollados y las instituciones financieras internacionales, como una herramienta geopolítica de dominio

Destaca además, la elaboración de análisis sistemáticos en la esfera formal de la geopolítica, ya que diversos cuerpos académicos e investigadores de la región han dado seguimiento al avance institucional de los proyectos de integración regional con mayor tiempo, como la Comunidad Andina de Nacionales (CAN), el Mercosur o la Comunidad del Caribe (CARICOM). Así como de las más recientes iniciativas que portan un imaginario de autonomía regional frente a EE UU, desde diversas posiciones ideológicas, como pueden serlo la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la UNASUR o la recién creada Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que reúne a todas las naciones del continente a excepción de EE UU y Canadá. Destacan además los estudios centrados en los

⁹ Véase <http://www.cipamericas.org/> (consultado el 12/03/2010).

proyectos de integración energética, como Petroamérica, o en la integración económico-financiera (en iniciativas como el Banco del Sur o la potencial inserción del SUCRE como moneda regional).

Las dimensiones sobre la integración regional son por tanto múltiples y con significados simbólicos e ideológicos diferenciados. No obstante, esta práctica espacial, sigue siendo un referente de la geopolítica regional, aunque su perspectiva crítica demanda la incorporación de visiones vinculadas a otro tipo de integración, la que se produce desde las bases sociales, derivadas en redes de la sociedad civil a nivel translocal y transnacional, que han insistido en la construcción de actores con una naturaleza político-institucional distinta, como lo representa por ejemplo el imaginario de los pueblos. En este sentido, la práctica espacial de la integración sigue siendo un referente experimental en potencia para una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe.

3.5. Práctica espacial de los derechos humanos y la migración

Finalmente cabe destacar que existe un eje en potencial construcción, de lo que consideramos la práctica espacial de los Derechos Humanos (en adelante DD HH), es decir, una geopolítica de los derechos humanos. Ya que si esos derechos, entendidos integralmente como derechos económicos, sociales y culturales (DESC's), se trazan en el marco de límites y fronteras para su acceso y ejercicio, entonces los DD HH se enmarcan en una geografía específica del poder y el derecho, en función de los grupos sociales, actores colectivos, sistemas e instituciones que los administran, ejercen o privan.

El mapa de acciones colectivas asociadas con los DD HH en Latinoamérica es rico y heterogéneo, aunque a la vez dramático, pues se caracteriza por la violación sistemática y la negación de derechos de ciudadanía. Al constituirse como la región más asimétrica del planeta, ALyC plantea un desafío gigantesco orientado a construir un universalismo básico transterritorial, en el sentido de trascender la geografía política interestatal, acumulada en experiencias históricas de asimetrías para el ejercicio de los DD HH, expresadas en las dicotomías ciudad-campo, rural-urbano, valles-altiplanos, norte-sur, pobres-ricos.

Por otro lado, es evidente la necesidad de reconocer en esta agenda de geopolíticas críticas de la región, la práctica espacial migratoria, desde una perspectiva amplia de los Derechos Humanos, en este caso expresados en el derecho económico al trabajo. La inminente re-territorialización física y simbólica generada por el movimiento intranacional y transfronterizo de la fuerza laboral, ha generado un recrudescimiento de la seguridad fronteriza, la exacerbación y xenofobia “anti-migrante” y la “ilegalización” de las personas indocumentadas. No sólo en países históricamente receptores de fuerza laboral como EE UU, sino también en los propios países en desarrollo como México y otros del Cono Sur. Paralelamente, han emergido sin embargo, nuevas modalidades de defensa y reivindicación de “todos los derechos para todas y todos”. Esa heterogeneidad se muestra en una geografía política, aprehensible por escalas

socio-espaciales, en la que se desenvuelve la acción social, es decir, una geopolítica crítica de los derechos humanos, que demanda un desarrollo analítico y conceptual más profundo.

Para terminar

La geopolítica crítica que se practica y conceptualiza desde varias experiencias de ALyC es decolonial, en tanto que se “desprende” de las representaciones dominantes y del razonamiento de una geopolítica del poder reducida a la *commoditización* del espacio y sus usos y diseños en exclusivos términos estratégicos. Además, también lo es porque abre las posibilidades de producir espacialidades a escalas múltiples, en función de las necesidades de representación, reclamo de pertenencia y autodefinición de identidades, de los actores sociales y políticos de la región.

Ahora bien, la posibilidad de conceptualizar las prácticas espaciales de la región como una expresión decolonial, no implica forzosamente un desarrollo “congruente” y bien canalizado de la construcción teórica del término, pero sí la opción de interpretar la formulación de contra-discursos geopolíticos que tienden a romper con expresiones históricas de colonialidad, y a expresar alternativas de desarrollo disidentes de la racionalidad y retórica de la modernidad anglo y euro-occidental.

Concluimos, por tanto, que las diversas prácticas espaciales, pueden ser agrupadas en cuatro grandes grupos: práctica espacial del poder, del conocimiento, anti-geopolítica o de la resistencia, y de la integración, así como potencialmente un quinto: la práctica espacial de los derechos humanos. De tal forma, las contra-representaciones en la región no sólo han logrado una disidencia simbólica de las representaciones dominantes que históricamente signaron la historia y el espacio de ALyC, sino que además han consolidado o están en proceso potencial de consolidar alternativas para entender el espacio y territorio regional.

De tal forma, las nuevas demandas y procesos de espacialidad en la región evidencian la necesidad de construir una agenda de investigación que rescate todas estas expresiones y conjugue diversas aproximaciones teóricas y metodológicas desde una perspectiva multidisciplinaria. En esta tarea consideramos que la geopolítica crítica permite un primer ordenamiento teórico basado en la deconstrucción conceptual, y es apta para abrir el análisis del espacio a la diversidad disciplinaria.

Bibliografía

- Agnew, John (1987) “Introduction”, *Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society*. Londres: Allen and Unwin.
- Agnew, John (2000) *Reinventing geopolitics: geographies of modern statehood* (Hettner-Lecturers 4). Heidelberg: Dept. of Geography, University of Heidelberg.
- Agnew, John (2005) *Geopolítica: una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.

- Agnew, John, y Smith, Jonathan M. (2002) *American Space/ American Place: Geographies of the Contemporary United States*. Londres: Routledge
- Bourdieu, Pierre (2001) *El campo político*. La Paz: Plural
- Bringel, Breno, y Falero, Alfredo (2008) “Redes transnacionais de movimentos sociais na América Latina e o desafio de uma nova construção socioterritorial”. *Caderno CRH* (Salvador – Bahia, Brasil), 21 (53), 269-288.
- Cairo, Heriberto (2005) “Prólogo. Re-pensando la Geopolítica: la renovación de la disciplina y las aportaciones de John A. Agnew”, en J. Agnew: *Geopolítica: Una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- Cairo, Heriberto (2008) “A América Latina nos modelos geopolíticos modernos: da marginalização à preocupação com sua autonomia”. *Caderno CRH* (Salvador – Bahia, Brasil), 21 (53), 221-237.
- Cairo, Heriberto (2009) “La colonialidad y la imperialidad en el sistema-mundo”. *Revista VIENTO SUR*, 100, 65-74.
- Cairo, Heriberto, y Bringel, Breno M. (2010) “Articulaciones del Sur Global: afinidad cultural, internacionalismo solidario e Iberoamérica en la globalización contrahegemónica”. *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, 1 (1), 41-63.
- Castro-Gómez, Santiago (2002) “El Plan Colombia, o de cómo una historia local se convierte en diseño global”, en C. Walsh, F. Schiwy y S. Castro-Gómez (coords.) *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Castro-Gómez, Santiago, y Grosfoguel, Ramón (2002) “Prólogo”, en S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (coords.) *El giro decolonial. Revisiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cecea, Ana E. (2005) “Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites”, en A. E. Cecea (comp.): *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Cecea, Ana Esther (2008) “La base de Manta. Posición neurálgica de Estados Unidos en la región andino-amazónica”, en *Observatorio Latinoamericano de Geopolítica*, en el sitio web: <http://www.geopolitica.ws/leer.php/127> (consultado el 20/10/2008).
- Dalby, Simon (1990) *Creating the Second Cold War. The Discourses of Politics*. Londres: Pinter.
- Dalby, Simon, Atkinson, David, y Hepple, Leslie (2001) “Classics in human geography revisited: ‘Hepple, L.W., 1986: The revival of geopolitics’”. *Progress in Human Geography*, 25, 423-430.
- Dávalos, Pablo (2005) “Movimiento indígena ecuatoriano: construcción política y epistémico”, en D. Mato (comp.): *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 337-357.
- Dehouve, Danièle (2001) *Ensayo de geopolítica indígena. Los municipios Tlapanecos*. México: CIESAS.

- Dodds, Klaus (2001) "Political Geography III: critical geopolitics after ten years". *Progress in Human Geography*, 25 (3), 469-484.
- Foucault, Michel (1980) *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977*. Nueva York: Colin Gordon /Pantheon.
- De la Fuente, Rosa (2008) *La autonomía indígena en Chiapas. Un nuevo imaginario socio-espacial*. Madrid: Catarata.
- García Linera, Álvaro (2006) *Los movimientos indígenas en Bolivia*, en F. Escarzaga y R. Gutiérrez (coords.): *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, México: UNAM/UACM/BUAP.
- Girardi, Eduardo Paulon (2008) "Cartografía geográfica crítica: una propuesta teórico-metodológica", disponible en: http://www4.fct.unesp.br/nera/atlas/cgc_a.htm (consultado el 20/02/2010).
- González Casanova, Pablo (2006) "Colonialismo interno (una redefinición)", en A. Borón, J. Amadeo y S. González (coords.): *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Harvey, David (2010) *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Nueva York: Columbia University Press.
- Holloway, John (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. La Paz: Estrella Roja.
- Hyndman, Jennifer (2003) "Beyond either/or: a feminist analysis of September 11th". *ACME*, 2(1).
- Jalife-Rahme, Alfredo (2006) *Los cinco precios del petróleo*. Buenos Aires: Editorial CADMO-EUROPA.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2007) *Hacia la Desglobalización*. México: Jorale Editores.
- Kessler, Oliver, y Helming, Jan (2007) "Of systems, boundaries and regionalization". *Geopolitics*, 12, 570-585.
- Lacoste, Yves (2000) *La Geografía un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Laïdi, Zaki (2001) *Un mundo sin sentido*. México: FCE.
- Lander, Edgardo (2003) "Ciencias sociales, saberes coloniales y eurocéntricos", en E. Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mamani, Pablo (2005) *Geopolíticas indígenas*. El Alto: CADES.
- Mignolo, Walter (2000) *Local theories/Global designs. Coloniality, Subaltern knowledges and border thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- Mignolo, Walter (2007) "Pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto", en S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (coords.): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Milani, Carlos (2008) "Ecología política, movimientos ambientalistas e contestação transnacional na América Latina". *Caderno CRH* (Salvador – Bahia, Brasil), 21 (53), 269-288.
- Nogué Font, Joan, y Rufi, Joan Vicente (2001) *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona: Ariel.
- Obama, Barack (2008) "A new partnership for the Americas. Reestablish American leadership in the hemisphere", disponible en: http://obama.3cdn.net/f579b3802a3d35c8d5_9aymvyqpo.pdf (consultado el 13/11/2009).

- Offen, Karl (2009) "O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina". *Tabula Rasa* (Bogotá – Colombia), 10, 163-189.
- Osorio, Jaime (2004) *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México: FCE.
- Ó Tuathail, Gearóid, y Agnew, John (1992) "Geopolitics and Discourse: Practical Geopolitical Reasoning in American Foreign Policy". *Political Geography*, 11 (2), 190–204.
- Ó Tuathail, Gearóid, y Dalby, Simon (1998) *Rethinking geopolitics*. Nueva York: Routledge.
- Ó Tuathail, Gearóid; Dalby, Simon, y Routledge, Paul (eds.) (2006) *Geopolitics Reader*. Nueva York: Routledge.
- Patzi, Félix (2003) "Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003", en *Ya es otro tiempo el presente*. La Paz: Muela del Diablo.
- Quijano, Aníbal (1997) "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina". *Anuario Mariateguiano*, IX (9), 113-121.
- Routledge, Paul (2006) "Anti-geopolitics", en G. Ó Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (eds.): *Geopolitics Readers*. Nueva York: Routledge.
- Santos, Boaventura de Sousa (coord.) (2004) *Democratizar la democracia: los caminos de la democracia participativa*. México: FCE.
- Santos, Boaventura de Sousa (2006) *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima: Programa de Estudios Sobre Democracia y Transformación Global/FEFCS-UNMSM.
- Sharp, John (2005) "Guerra contra el terror y geopolítica feminista". *Tabula Rasa* (Bogotá – Colombia), 3, 29-46.
- Staheli, Lynn, y Kofman, Eleonore (2004) "Mapping gender, Making politics: toward feminist political geographies", en *Mapping Women, making politics. Feminist perspectives on Political Geographies*. Londres: Routledge.
- Taylor, Peter, y Flint, Colin (2002) *Geografía Política. Economía-Mundo, Estado-Nación y localidad*. Madrid: Trama editorial.
- Walsh, Catherine (2009) "Interculturalidad crítica y pensamiento de-colonial". Ponencia presentada en la *Cátedra sobre Multiculturalidad* de la Universidad de Guadalajara, México.
- Walsh, Catherine, Schiwy, F., y Castro-Gomez, S. (coords.) (2002) *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Wallerstein, Immanuel (2005) *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI.
- Zibechi, Raúl (2006a) "La cara siniestra de los biocombustibles", en el *Programa de las Américas*, disponible en: <http://www.ircamericas.org/esp/4329> (consultado el 13/05/2009).
- Zibechi, Raúl (2006b) *Dispersar el poder*. México: La casa del mago/Cuadernos de resistencia.